

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas.

Del 5 al 8 de abril de 2005 en Huerta Grande, Córdoba. Panel: La experiencia juvenil contemporánea.

El desarrollo juvenil contemporáneo: entre la integración y la exclusión

Por Dina Krauskopf

Los cambios puberales son un punto de partida para asumir un nuevo rol social y construir la propia identidad: emerge el ser productor y reproductor y los jóvenes cuentan, por primera vez, con la propia capacidad para aportar a la conducción de su proceso existencial, completar vacíos que se dieron en las bases de su experiencia de vida y reenfocar situaciones, tanto de la niñez como de su presente. Las características biopsicosociales del período facilitan la liberación de energías psíquicas, lo que a su vez acelera el cambio.

En la fase juvenil se producen procesos claves que absorben el ritmo de los tiempos. El desarrollo intelectual y la maduración sexual se constituyen en recursos y motivaciones para elaborar la diferenciación identitaria y desarrollar la vida social con un replanteamiento de las relaciones con el mundo. Es la etapa donde con mayor intensidad son cruciales las interacciones entre los recursos personales y grupales con las opciones y características del entorno.

La trama del desarrollo juvenil se da con el influjo de la globalización, alcanzando un mayor o menor grado de multiculturalidad, con relaciones de género e intergeneracionales en transición y en estructuras de oportunidades enraizadas en las condiciones históricas, económicas y políticas de sus sociedades.

Las sociedades latinoamericanas están fraccionadas por la inequidad, la exclusión y la pobreza. En el contexto vigente, ello contribuye a la dualidad social: mayor aproximación y articulación internacional para los grupos de más recursos económicos y mayor aislamiento para los sectores pobres (Lechner, 1998). Así los jóvenes de grupos económicamente acomodados se parecen más a los jóvenes de su misma situación en otros países, que

a los jóvenes de bajo nivel económico de su propio país.

El ecosistema bidimensional de las agencias básicas del desarrollo personal que descansaban en la alianza de la familia como instancia socioafectiva y en la escuela como instancia sociocognitiva, ha sido sobrepasado. En mayor o menor grado, ha sido atravesado por otras agencias socializadoras y por las influencias multiculturales, pese a lo cual mantiene un papel central en las subjetividades juveniles. Entre ambas instituciones hay un conjunto complejo de dispositivos mediadores que posibilitan al joven del nuevo siglo, el acceso simultáneo a distintos mundos posibles.

Las condiciones para el desempeño del rol protector de estas instituciones ha cambiado. Señala Turkle: "En el pasado, el sistema de inmunidad se describía como una fortaleza privada, un muro firme y estable que protegía de lo interno y de lo externo. Ahora hablamos sobre el sistema inmunológico como algo flexible y permeable. Su buen estado depende de su adaptabilidad"(1995:321). No es casual que el modelo de resiliencia haya hecho últimamente sus aportes, cambiando la perspectiva de las estrategias de protección al desarrollo de los seres humanos, reconociendo la importancia del fomento de las capacidades para enfrentar situaciones de riesgo desde el sujeto.

La modernización ha contribuido a la prolongación de la vida e incidido en que la fase juvenil sea un período cronológico suficientemente amplio como para requerir sentido en sí mismo y no ser visto meramente como una transición al futuro adulto. Los cambios acelerados y la rápida obsolescencia de los instrumentos influyen en la existencia de trayectorias flexibles y diversificadas con nuevos referentes

temporales en la evolución de los conocimientos y prácticas. Sin embargo, para el desarrollo de los jóvenes que crecen en exclusión, la prolongación de la vida no es una promesa existencial.

La nueva condición de los jóvenes integrados destaca por una valoración de la autonomía, la avidez por multiplicar experiencias vitales, la emancipación más pronta en los aspectos emocionales y afectivos, el retraso en lo económico, con un ejercicio más temprano de la sexualidad y sin impaciencia por adquirir la condición adulta, con mayor contradicción en las demandas en torno a la vida sexual y con una desregulación creciente en las condiciones que enfrentan.

El cambio histórico que se ha dado en el campo de los derechos, con la reciente inclusión democrática de niños, adolescentes y jóvenes, enfrenta el hecho que, en América Latina y el Caribe, el derecho a la participación ha sido muy débilmente ejercido en general apoyado también por el concepto de moratoria psicosocial, que posterga la ciudadanía responsable. La discriminación por edad afecta a los sectores jóvenes y la cultura poco participativa provocada por los conflictos externos de los países, así como los conflictos armados y la violencia, han sometido a los adolescentes y jóvenes a situaciones difíciles, entre ellas la hostilidad policial. La aceptación de los derechos de las personas jóvenes sufre toda suerte de embates (UNICEF, 2003).

1. Trayectorias e identidades en la exclusión

Hopenhayn (2004) enfatiza la paradoja que enfrentan los jóvenes al ser más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos de este. A las personas jóvenes que quedan marginadas de la educación, se les facilita una identidad negativa. Están expuestas a la explotación laboral, a emigrar más rápidamente, a llevar una vida ociosa. Aún cuando trabajen, en las zonas rurales sufren la estigmatización por ser vagos, andar en ropas de trabajo sucias, etc. (Moreno, 1992). La exclusión del sistema educativo tiene importantes consecuencias en su imagen y trayectorias de vida; no encontrar satisfacciones en una inserción más constructiva favorece la búsqueda de sensaciones de logro a través

de comportamientos de riesgo, gratificaciones efímeras, anestesia o intensidad sensorial en las drogas, entre las que predomina el alcohol.

El trabajo juvenil interrumpe los estudios, impulsa las migraciones, y se inicia con bajas condiciones salariales y ausencia de garantías laborales. Las personas jóvenes ingresan mayoritariamente en el sector informal de la economía. Los empleos esporádicos, de baja calificación, actúan como desorganizadores en la vida de los jóvenes. La estacionalidad en el área rural produce meses de búsqueda, desorientación y tiempo improductivo.

La carencia de garantías sociales y los trabajos denigrantes lesionan la autoestima, tienen impacto en la toma de decisiones, el desarrollo de la capacidad de planificación, de administración, del desarrollo de la autonomía y de la integración social. Las contrataciones que demandan silencios cómplices para cubrir la impunidad de los empleadores, distorsionan el sistema de valores (Krauskopf, 1996). Señalan Sosa y Rocha (2001): "ser un trabajador infantil es un excelente 'curso propedéutico' para luego formar parte de una pandilla". En la exclusión, la afirmación juvenil se establece sin una perspectiva de futuro válida, con ausencia de reconocimiento o estigmatización, con un contexto social carente de estímulos para un compromiso estructurante que lleva a evitar los peligros para poder preservar los logros presentes y futuros.

En la lucha por alcanzar las metas de afirmación juvenil en el desarrollo, se incrementa la necesidad de los adolescentes y jóvenes de encontrar los elementos para organizar su comportamiento y dar sentido a su relación presente con el entorno. Para el éxito en el enfrentamiento de las dificultades de la fase juvenil, las condiciones económicas y el capital social de la familia, la escuela y la comunidad son muy importantes. Aportan al desarrollo de este capital, la calidad de las redes en que están insertos, las bases en que se establece la confianza y cooperación entre las personas, las normas que prevalecen en el colectivo y la vinculación de las instituciones (Banco Mundial, 1996).

2.Las representaciones juveniles y su visibilidad.

Ser joven es una condición que se está expandiendo, no sólo en cuanto a la edad y la identidad asumida, sino en la representación que esta tiene en la sociedad. La identificación y el reconocimiento de las identidades juveniles como tales son relativamente recientes. Los jóvenes se identificaban como estudiantes, obreros, generación de relevo, etc. Hoy, cada vez más, identifican sus prácticas sociales como jóvenes. Ser joven es, en sí, una identidad social, plantea nuevos sentidos que modifican las transiciones juveniles, sus formas de productividad, participación y expresión. Es un hecho actual que, cada vez más, los jóvenes se reconocen a sí mismos con la identidad de jóvenes.

Sin embargo, amplios sectores juveniles viven la exclusión y la invisibilidad, muchas veces producto de una homogeneización que oculta las diferencias de género, culturas, el estrato económico y la presencia de etnias. Es frecuente que la invisibilidad de la etnicidad en la representación de las juventudes, esté inserta, además, en la invisibilidad de la juventud rural.

Los paradigmas con que se han representado las juventudes, también han incidido en su invisibilidad. Tradicionalmente se les ha visto como la etapa del ciclo vital dedicada a la preparación. Este concepto de preparación se instala a partir de la postergación de la acción y de la toma de decisiones, entendiendo la preparación como subordinación al que sabe y por lo tanto, ausencia de valoración del aporte participativo del sujeto juvenil ciudadano. Ello da lugar a representaciones sociales del llamado educando, que están desvinculadas de la experiencia y de la cosmovisión del sujeto joven (Krauskopf, 2003). Ante esto puede surgir la interrogante juvenil ¿prepararse o vivir?

Más allá de los jóvenes que son invisibles por considerarse en fase de transición y preparación, llaman la atención aquellos que no se integran a dicha propuesta. Son las juventudes vistas como etapa problema. La visibilidad juvenil emerge fácilmente en lo negativo y se brinda importancia a los jóvenes en virtud de problemas que buscan

corregirse: su sexualidad, la drogadicción, la delincuencia, la llamada deserción escolar. Así se produce un círculo vicioso: invisibilidad - falta de oportunidades de participación constructiva- anonimato - combate juvenil al anonimato - procurando el reconocimiento mediante la identidad negativa asignada-identidad negativa asumida. La visibilidad aterrante se torna en opción de empoderamiento y las gratificaciones intensas son más importantes que la preservación de la vida para estos jóvenes. La visibilización negativa, basada en el reconocimiento estigmatizante de las personas que atraviesan el periodo juvenil, es una adversidad poco identificada, insidiosa en su socialización (Krauskopf, 1996). La carencia de ámbitos para una visibilidad positiva y para la incorporación social de las habilidades y destrezas de niños y jóvenes, pueden hacer de la calle, la escuela y de la cárcel, la universidad (Sosa y Rocha, 2001).

3.La aceleración de los cambios y las relaciones intergeneracionales

La aceleración de los cambios introduce la diferencia entre lo que el individuo proyecta para su vida y los proyectos que para él forjó su familia original. Se ha planteado que las diferencias pueden ser consideradas como indicadores de la velocidad de cambio (Erdheim, 1992). M. Mead señalaba que la tradición en los modelos tenía sentido cuando el futuro de los nietos era el pasado de los abuelos. Hoy, ni el futuro de los hijos es el pasado de los padres. En el ámbito identitario las tecnologías acentúan la brecha intergeneracional y son enfrentadas de modo radicalmente diverso por adultos y jóvenes: para los mayores es tecnología; para los niños y jóvenes es parte del mundo en que nacieron (Balardini, 2003).

La rapidez de los cambios ha conducido a códigos diferentes para interpretar la realidad entre las generaciones. La elaboración de identidades encuentra nuevos canales en el espacio cibernético, aparecen expresiones culturales propias y conocimientos manejados ágilmente por las nuevas generaciones. Los jóvenes de los últimos decenios han crecido en un ecosistema comunicativo tecnológico. Lo tecnológico y lo sociocultural se encuentran recíprocamente influenciados; los medios de comunicación, las redes de información

y de mercado, las industrias culturales, los procesos de consumo y la presencia del ciberespacio son fundamentales en la producción de subjetividades contemporáneas y diversas (Marín y Muñoz, 2002).

El ritmo de difusión de conocimientos rompe las antinomias que dejaban como fase de relevo a los jóvenes de los grupos incluidos y reducían a la juventud como etapa preparatoria. Toman relevancia los logros, gratificaciones y reconocimientos en el presente. La preparación no cumple su sentido para las personas jóvenes si no va unida a la valoración de sus aportes y a la experiencia productiva. La posibilidad de poner las ideas y valores en práctica permite enriquecer las conceptualizaciones, acciones e incorporación social de los jóvenes. Esta es una condición necesaria en las estrategias académicas de la educación secundaria. De lo contrario, como ya planteaba Aberastury (1973:42): "se les priva de la capacidad de acción, se les mantiene en la impotencia y, por lo tanto, en la omnipotencia del pensamiento." Agreguemos que, también, así se facilitan las acciones intersticiales que son cada vez más amplias y diversas en los mundos de vida juveniles. Zapata (2002) observa que los jóvenes generan intersticios de resistencias frente a un orden social del que están convencidos que no están convidados a su construcción, dirección e interpelación.

Los jóvenes enfrentan con facilidad la obsolescencia del conocimiento y aportan respuestas innovadoras, la experiencia ya no es el único referente para ampliar el conocimiento. Los adultos también se ven impelidos a flexibilizar sus procesos identitarios para incorporar las nuevas transiciones del mundo contemporáneo en el contexto de la prolongación de sus vidas. En concordancia con ello, el signo juventud se revaloriza y aparece en los adultos, lo que Margulis y Urresti (1996) llaman la *juvenilización*. Esta valoración del signo juventud, paradójicamente, no va acompañada por el aprecio adulto hacia las personas jóvenes.

El intento de recuperar el equilibrio perdido de la autoridad adulta tradicional, se aprecia en la rigidización de los controles externos que a veces ejercen los mayores y las agencias sociales, en la perplejidad que emerge ante la intuición juvenil de un

futuro inimaginado y ante la evidencia de la mayor velocidad de las generaciones jóvenes para la adquisición de conocimientos innovadores. La transformación del período adulto ha llevado a que los mayores oculten menos, o destaquen en exceso, lo que consideran los costos de la adultez. Los jóvenes perciben estas realidades en su entorno adulto y experimentan sus consecuencias.

Las distancias generacionales con los mayores se han modificado, los jóvenes saben cosas que los adultos no saben y los conflictos intergeneracionales ya no derivan de la avidez juvenil por alcanzar el poder adulto. La ineficacia de los instrumentos psicosociales tradicionales para afirmar la autoridad y brindar la protección mediante el control externo, exacerba y agrava la rigidez e inadecuación de las respuestas de los mayores, devalúa las capacidades juveniles, incrementa la discriminación etarea en lugar de estimular y asesorar la actualización de potencialidades.

Es lo que se ha llamado adultocentrismo: proviene de las tradiciones patriarcales, discrimina por edad a las personas que se encuentran en la fase juvenil, no incorpora ni legitima sus perspectivas, descalifica o estigmatiza las manifestaciones que no coinciden con las expectativas de los interlocutores mayores. Desde este enfoque se prioriza los problemas juveniles sin establecer un espacio de escucha y participación ni dar reconocimiento a la exigibilidad de sus derechos. Frecuentemente encubre el desconcierto adulto frente a las demandas formativas de la época actual así como la dificultad de redistribuir el poder que había sido favorecido por la discriminación (Krauskopf, 2003).

La adultez ha dejado de ser un modelo acabado y corresponde que las trayectorias de vida se construyan innovadoramente. Los avances del conocimiento no son exclusivos de los mayores, ni las dudas e incertidumbres, de los más jóvenes. En la actualidad, las dos generaciones están preparándose permanentemente. Los adultos tienen recursos, experiencias, redes y capacidades que aportar. Por ello es central la colaboración y corresponsabilidad intergeneracional con la redistribución del poder que implica la participación juvenil auténtica, la valorización de la juventud ciudadana, y su

flexibilidad para incorporar los conocimientos y aportar a la innovación. Debidamente reconocidas las nuevas circunstancias, el problema puede ser resuelto de modo integrador. De lo contrario son posibles las fracturas en las relaciones intergeneracionales.

4.Las nuevas temporalidades en la construcción de las trayectorias de vida

La modernización y la globalización han roto la homogeneidad de las culturas y por consiguiente, la inmovilidad de los roles. Las personas en la fase juvenil ya no corresponden a un pre - proyecto de futuro. La calidad del presente, el sentido y calidad de vida que este ofrece, son factores determinantes en la forma que los jóvenes proyecten su futuro.

Para las sociedades, el presente se ha vuelto omnipresente y el futuro ha dejado de ser eficiente como foco ordenador alrededor del cual se fijaban metas, se planificaba y organizaban las acciones. Por la aceleración de los cambios, el futuro sólo puede avizorarse de acuerdo a lo que el presente permite proyectar. (Lechner ,1998). Esto es un gran desafío en la formación de los educadores. Reconoce Ghiso (2000) que "muchos educadores nos acostumbramos con facilidad a pensar y actuar en las dimensiones del pasado y del futuro - dos tiempos vitales que no son- desconociendo el presente (...) la población juvenil nos pone en una situación de asumir el tiempo más exigente: el de ahora, con la intensidad y la frecuencia vital con la que les tocará vibrar".

El aumento de la esperanza de vida en el contexto de cambios acelerados lleva a que ya no pueda hablarse de un solo proyecto existencial, fijo y predeterminado. Ganan sentido las inserciones juveniles con potencial innovador, la flexibilidad frente a los cambios abandonando la orientación de los pasos dados hacia una supuesta certidumbre. La incertidumbre y la imprevisibilidad son elementos que deben incorporarse al desarrollo. Desaparecen las transiciones clásicas y nuevas estrategias deben incorporarse en el sentido de vida. Como señala Grunbaum: más que de un proyecto de vida, debemos hablar de una vida con proyectos.

La vida social, no se presenta más como una continuidad espacio - temporal con destinos vistos tradicionalmente como previsibles o inevitables (Reguillo, 1993). En vez de claros peldaños hacia un horizonte seguro y predefinido traducido en un proyecto de futuro que ordena el presente y lleva hacia la adultez, son necesarias estrategias que incorporan las transformaciones propias del sujeto juvenil en las nuevas condiciones de existencia. Por ello sus trayectorias se desarrollan en el marco de proyectos de diversa estructuración y proyección.

La secuencia ordenada por hitos como nupcialidad - sexualidad activa - formación de familia - reproducción, ha perdido la fuerza de su linealidad en el recorrido de vida. A su vez se imbrican con variaciones en la secuencia estudio-trabajo. La independencia entre cada una de estas metas ha aumentado y constituyen decisiones separadas. El sentido de las rutas juveniles no se ordena sólo para su futuro -como tradicionalmente se entiende desde la adultez-, sino para ser cogestor y promotor del desarrollo propio y de su colectivo.

Se rompe así la linealidad y normatividad con que se han supuesto las etapas y tareas del desarrollo. Además, es sabido que en ciertas etnias, grupos en condiciones de pobreza y de exclusión social, no se cumplen las secuencias de acciones y roles esperados en el imaginario normativo de las etapas. Un ejemplo de ello son las madres-niñas que cuidan del hogar y han iniciado el rol materno antes de gestar. Posteriormente es posible que sean hijas- madres al embarazarse en la adolescencia.

La presencia de lo efímero e incierto no constituye necesariamente inestabilidad, pues vivir en un crisol de contradicciones, cambios y diversidad de insumos hace necesario desarrollar estrategias de articulación interna y de relación con el mundo externo para incorporar la paradoja social que Reguillo ha llamado "la incertidumbre como única certidumbre" (2000). Los jóvenes están desarrollando lo que Bajoit (2003) llama la "gestión de la incertidumbre".

Esto modifica la constitución de la estabilidad como eje de la identidad contemporánea. Turkle señala que "Hasta

hace poco la estabilidad se valoraba socialmente y se reforzaba culturalmente a través de roles de género rígidos, trabajo repetitivo... permanecer toda la vida en una pequeña ciudad..." (1995: 332, 321). La estabilidad basada en la flexibilidad, con la incorporación de la multicentralidad y la valoración a la diversidad de alternativas, el aprendizaje permanente, los conocimientos, destrezas emocionales y sociales de amplia aplicabilidad, permiten enfrentar los cambios y la incertidumbre con imaginación y decisión transformadora.

5.La resignificación de la moratoria

En el contexto actual de prolongación de la vida, de cambios acelerados, de modificación del recorrido existencial, de rápida obsolescencia de los instrumentos y superación de conocimientos, los nuevos sentidos del tiempo, la incertidumbre, etc., la identidad se organiza con elementos diferentes a los referentes con que Erikson desarrolló su concepto de moratoria. En el recorrido existencial, es posible que se requiera un tiempo para resolver las disyuntivas que se enfrentan, sin embargo no es requisito quedar eximido con el compromiso de las acciones, como podría entenderse en la moratoria psicosocial. Grandes mayorías de jóvenes latinoamericanos son invisibilizados como tales, al no vivir la moratoria y enfrentar la premura psicosocial (De la Garza et.al,1977). Esta premura se intensifica a partir de la pubertad que parece legitimar su responsabilidad de procurar la subsistencia y aportar a sus familias. El tiempo de ser joven identitariamente varía entre estratos y clases sociales.

Ya no se puede pensar que la identidad se estructura de una vez (en la adolescencia, periodo de aprendizaje) y para toda la vida (la adultez, periodo de consolidación y experiencia). En síntesis, la moratoria ya no tipifica a la fase juvenil ni es exclusiva de este periodo de la vida. Ambas generaciones deben aprender permanentemente para enfrentar los cambios. Los estudios de identidad de Marcia (1966), basados en las clasificaciones de Erikson, concluyeron que la moratoria puede expresarse como crisis en cualquier momento de la vida adulta, lo que no es de extrañar si reconocemos que la esperanza de vida se ha hecho cada vez mayor. Las condiciones, problemas y respuestas, se transforman con el correr

del tiempo ante los nuevos desafíos que la longitud de vida implica.

El concepto de moratoria psicosocial mantiene el reduccionismo de la juventud como etapa preparatoria. Dicho reduccionismo surge como una postergación de los derechos de los niños y jóvenes, al considerarlos carentes de madurez social e inexpertos. Implícitamente se les niega el reconocimiento, se tornan invisibles como sujetos sociales y sólo se les destaca cuando se considera que causan problemas, lo que, como ya mencionamos, facilita la estigmatización.

6.Las identidades juveniles en el mundo contemporáneo

En nuestros tiempos la elaboración de la identidad es un imperativo del desarrollo. Ya Erikson señalaba (1974) que el tema es ahora tan estratégico, como lo fue la sexualidad en tiempos de Freud. La vertiginosidad de los cambios exige plantearse quién se es realmente. La configuración de identidades juveniles (y adultas) está menos marcada por la continuidad lineal que por la heterogeneidad en las condiciones de vida.

Por otro lado es necesario rescatar el valor de la pluralidad de las membresías, pues amplía el espectro de la construcción de la identidad y puede relativizar la tendencia a sobre enfatizar en su reconocimiento, reduciéndolo a algún aspecto, sea este negativo o positivo. El multicentrismo da paso a la simultaneidad de los insumos y expresiones y debilita la fuerza que poseían las antinomias lineales y asimétricas. Estas, asentadas en lo patriarcal, organizaban los insumos de la identidad: "Lo masculino como opuesto a lo femenino", "una generación adulta que sabe (incluida) y una generación joven que se prepara para el relevo (postergada)".

La formación de la identidad ha sido clásicamente considerada como resultante del proceso de interrelación continua entre tres niveles de integración: la integración espacial, la integración temporal, la integración social. A continuación desarrollaremos estos niveles de acuerdo a las condiciones de la experiencia juvenil contemporánea.

1) La integración espacial. Su cohesión interna permite la comparación y contraste con los objetos y los otros seres: incluye el plano corporal. El escaso dominio y la carencia de espacios sociales propios que experimentan muchos jóvenes, el incremento del énfasis en la individuación, los han llevado a privilegiar el cuerpo como territorio simbólico de expresión y autoafirmación: tatuajes, vestimentas, cabellos (Krauskopf, 1996).

La integración se constituye de acuerdo a la característica epocal donde prevalece lo múltiple y lo multicéntrico. Dicha característica se aprecia en el desarrollo multicéntrico de las ciudades, el impacto de la multiculturalidad a través de los medios masivos de comunicación, del ciberespacio, la modernización del transporte, la fuerza de las migraciones. Así, por ejemplo, el acto de acoger la cultura de otra geografía no presupone la renuncia a una identidad propia sino la reorganización de esta.

En los tiempos actuales la identidad se ha expandido cibernéticamente y además, la territorialidad geográfica ha dejado de ser un ámbito identitario monolítico. Podemos hablar de territorios económicos y psicosociales que cada vez están menos predefinidos geográficamente y son articulados de acuerdo a las oportunidades identitarias.

La cercanía local ya no determina de modo exclusivo la presencia de las influencias. A través de los medios masivos de comunicación se da la multilocalización; se puede estar presente en varios lugares. La informática produce realidades virtuales que abren nuevas rutas para la elaboración de la identidad y las cosmovisiones.

2) La integración temporal. Comprende las diferentes representaciones de sí mismo en el tiempo. Así, los jóvenes conviven y participan en múltiples interconexiones que se traducen en la multiplicidad de los tiempos concretos de la vida cotidiana. A la vez la representación del tiempo tiene actualmente múltiples referentes: tiempos públicos, tiempos familiares, tiempos subjetivos, tiempos biológicos. El presente se hace simultáneo y extendido, el futuro más brevemente anticipado. La identidad establece continuidad en el plano interior, enfoca sus contradicciones, articula su

descentralización y otorga la base del sentimiento de mismidad.

Por ello, como ya señalamos, es necesario analizar la dinámica de la integración identitaria, no sólo por sus elementos secuenciales, sino también por el reconocimiento de los procesos de simultaneidad y articulación. Las identidades propenden a una organización multicéntrica que demanda un abordaje integral e innovador en el reconocimiento de las prácticas juveniles en la modernidad.

3) La integración social. Relaciona aspectos de sí mismo con los elementos que rodean al sujeto y están a su alcance a través de la identificación y la proyección. La elaboración de la identidad juvenil es un proceso personal y frecuentemente grupal.

Un elemento importante que determina particularidades en el desarrollo de la identidad, es la exclusión y la modernidad, pues los procesos tradicionales de socialización pierden eficacia. Las vías identificatorias de los jóvenes en las agregaciones urbanas reflejan también una respuesta a las dificultades de los nuevos tiempos. Los ámbitos de agregación juvenil son espacios de sociabilidad, en los intersticios de los procesos de socialización tradicionales impartidos por la escuela, la familia, el trabajo, la religión, la política, y otros asignados a los tiempos de ocio, donde se expresan culturas juveniles constituidas en centros de producción de sentido múltiples, mutantes y diversos (Urteaga, 2000). En su combate a la despersonalización han llegado a constituir un self colectivo y sentir que esta identidad es su fuerza. (Krauskopf, 1996).

Las tribus urbanas, las microredes, están enmarcadas en la desinstitucionalización. La sensibilidad juvenil comienza a poner en práctica toda una ritualidad distintiva, que va marcando y protegiendo el espacio de su cotidianidad. Conjuntamente con ello, se va produciendo una reasignación del hábitat urbano donde se desenvuelven estas sensibilidades. La dimensión estética como creación de "otros marcos de referencia, de nuevas subjetividades colectivas y de formas artísticas, permite ver a las culturas juveniles, y a las más creativas entre ellas, como descomunales potencias de transformación (...)" (Marín y Muñoz, 2002:293). La música ha

demostrado ser la empatía estética mas importante para la juventud (Blair, 2002). Se ha constituido en un elemento de convocatoria, lenguaje cohesionante, identificador y expresivo, diferenciador de la niñez y la adultez.

En las creaciones y manifestaciones juveniles la dimensión estética trasciende los límites del arte y se instala en el desarrollo de modos de existencia integradores, relaciones sociales con búsqueda de lo ético, los signos culturales y políticos, lo artístico y la producción de conocimientos desde la experiencia (Marín y Muñoz, 2002). La ecología, la diversidad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de las tradiciones, la expansión de la conciencia, el rock, se convierten en banderas, en objetos-emblema que agrupan, que dan identidad a grupos de jóvenes (Reguillo, 1993).

7.Recapitulación a modo de conclusión

La diversificación y complejización del funcionamiento de las sociedades, ha significado la modificación de los trayectos de vida, pues ya no siguen secuencias lineales ni se instrumentan de la misma forma permanentemente. Esto hace parte de los procesos de construcción de la identidad no sólo en los jóvenes, sino también de los adultos.

Integrar los contextos y opciones contemporáneas implica difíciles desafíos en las interacciones humanas, particularmente cuando el desarrollo de los mecanismos de integración social con la influencia de la globalización económica y la modernización se segmentan y modifican. Para ello es necesario reconocer la heterogeneidad de las juventudes y la aceleración de los cambios en las trayectorias de vida en una perspectiva intergeneracional e intercultural. Los adolescentes y jóvenes tienen fundamentalmente, un sentido de vida positivo. La fase juvenil es tiempo de capacidad y oportunidad, un momento clave para redireccionar situaciones de vida para lograr el enriquecimiento del desarrollo.

La multiplicidad de referentes con que las sociedades entraron a este milenio genera

nuevas temporalidades y devela la diversidad en las condiciones, sentidos y recorridos existenciales en todo el ciclo vital. El debilitamiento del futuro como foco orientador de los proyectos de vida y el predominio del presente como eje del sentido existencial hacen que la identidad ya no se construya en la postergación de la inserción social.

Las representaciones sociales de la juventud orientan, por lo tanto, su inclusión, omisión o exclusión de las acciones públicas. La invisibilidad predominante de los jóvenes como sujetos sociales y actores estratégicos del desarrollo, asociada a la omisión de las respuestas, genera vacíos y peligros en el desarrollo juvenil y para sus sociedades. La modernización ha traído una débil y contradictoria estructuración para integrar activa y constructivamente las juventudes, lo que se constituye en una crisis social. Este desarreglo profundo en la sociedad tiene consecuencias visibles e inmediatas entre jóvenes y adultos que son agravadas por la pobreza y la exclusión. La perversión de las oportunidades y los cambios sociales demandan contar con nuevas condiciones para romper los ciclos de pobreza intergeneracional, producir condiciones para la esperanza y la resiliencia de las juventudes, la preservación de su vida y las opciones para expresarse culturalmente y contribuir a su entorno.

La ampliación de la fase juvenil requiere orientarse a un manejo competente de la vida independiente y su aporte al desarrollo del colectivo en la sociedad contemporánea. Las manifestaciones culturales específicas de los jóvenes son espacios de participación valiosos que los expresan como sujetos sociales, con una voz legítima y autónoma. Dan forma estética a una ética propia y a nuevos sentidos de lo político. Las culturas juveniles poseen saberes, prácticas y potenciales que pueden contribuir a la sociedad en general.

Las sociedades deben contar con las juventudes, con su capacidad de aprender a aprender y reciclar con flexibilidad sus competencias y actitudes, su goce creador y energía vital. Con ellos, en un nuevo pacto de corresponsabilidad y colaboración intergeneracional se pueden construir las nuevas estrategias del desarrollo y de la orientación existencial.

BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, Arminda (1971). "Adolescencia". En Adolescencia. Aberastury et. al, Ediciones Kargieman. Buenos Aires.
- Bajoit, Guy (2003). Todo cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades. Ed. Lom. Santiago de Chile.
- Balardini, Sergio (2003). "Nuevas Tecnologías, Ciudadanía y Participación". Presentado en: Conferencia Regional de Juventud: Las Juventudes en Centroamérica. Retos y Perspectivas. CIRMA, Rockefeller Foundation, Fundación Frederich Ebert. Antigua, Guatemala.
- Banco Mundial (1996). Una estrategia enfocada a los jóvenes en riesgo. División de Recursos Humanos. Departamento III. Región de América Latina y el Caribe. Washington.
- Blair, Elsa (2002). "La complacencia en el exceso. Las muertes violentas de jóvenes en el conflicto urbano". En Jóvenes. Revista de Estudios de Juventud, Nueva Epoca, Año 6, No. 16. Instituto Mexicano de la Juventud. México.
- Encinas, José L. (1994). Bandas Juveniles. Perspectivas Teóricas. México. Trillas.
- Erdheim, Mario (1992). Sobre la Desritualización de la Adolescencia por la Aceleración del Cambio Cultural. Documento, Goethe Institut. San José.
- Ghiso, Alfredo (2002). "Convivencia y sobrevivencia". En Jóvenes. Revista de Estudios de Juventud, Nueva Epoca, Año 6, No 16. Instituto Mexicano de la Juventud. México.
- Hopenhayn, Martín (2004). La Reconstrucción de lo juvenil: entre postergados y estigmatizados. XXV Congreso Internacional de las Asociaciones de Estudios Latinoamericanos. CEPAL
- Krauskopf, Dina (1996). "Reflexiones y precisiones sobre la identidad y la importancia de la perspectiva sociocultural en los estudios de población". En Cultura y Población en América Latina. FLACSO\ EAT-FNUAP. San José ,Costa Rica
- Krauskopf, DINA (2003). Participación Social y Desarrollo en la Adolescencia, 3a edición, UNFPA. San José, Costa Rica
- Krauskopf, Dina. (1996) Violencia Juvenil: Alerta Social. En Revista Parlamentaria. Volumen 4. No 3.Diciembre.
- Lechner, Norbert. (1998). Condiciones de Gobernabilidad Democrática en América Latina. En Chile 97. Análisis y Opiniones. FLACSO. Chile. Santiago, 1998.
- Marcia, J. (1966). Development and Validation of Ego Identity. Journal of Personality and Social Psychology, 3. P.551-558.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1996). "La construcción social de la condición de la juventud". En La Juventud es más que una Palabra. Buenos Aires.
- Marín, Marta y Muñoz, Germán (2002). Secretos de Mutantes: Música y creación en las culturas juveniles. Siglo del Hombre Editores. Universidad Central-DIUC. Bogotá, Colombia.
- Mead, Margaret. (1971) Cultura y Compromiso. Buenos Aires. Granica.
- Moreno, Wagner (1992). Representaciones sociales del proyecto de vida y elección ocupacional en adolescentes nicoyanos inscritos y no inscritos en el sistema educativo formal. Tesis para optar a la licenciatura en Psicología. Universidad de Costa Rica, San José.
- Reguillo, Rossana (1993). "Las tribus juveniles en tiempos de la modernidad", En Estudios sobre las Culturas Contemporáneas. Vol V, Núm. 15.
- Turkle, Sherry (1995) La Vida en la Pantalla. La Construcción de la Identidad en la era de Internet. Paidós. Buenos Aires.
- UNICEF-TACRO (2003). Taller Regional sobre Experiencias en Participación Adolescente: Lecciones y Desafíos. Recife, Brasil.
- Urteaga, Maritza (2000). "Formas de Agregación Juvenil". En Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. José Antonio Pérez Islas, coordinador. Tomo II. Centro de Investigación y Estudios sobre

Juventud. Instituto Mexicano de la Juventud. México

Zapata, Carlos Andrés (2002). "Del dicho al hecho....Algunas nociones sobre ciudadanía y su realidad en Colombia". En Jóvenes. Revista de Estudios de Juventud, Nueva Epoca, Año 6, No 16. Instituto Mexicano de la Juventud. México.

la violencia. Ed. Paidós. Colección Estado y Sociedad. Barcelona. España.

Valenzuela, José Manuel. (2000) Decadencia y Auge de las Identidades. (Coordinador). Editores Plaza Valdés Tijuana, México.

BIBLIOGRAFIA RECOMENDADA

Bourdieu, Pierre (1990). "La juventud no es más que una palabra". En: Sociología y Cultura. México

Castells, Manuel (1999). Globalización, identidad y estado en América Latina En: Temas de Desarrollo Sustentable, PNUD/Ministerio Secretaría General de la Presidencia de Chile.
<http://www.iadb.org/etica>

CEPAL (1996) Juventud Rural, Modernidad y Democracia en América Latina. Comisión Económica para América latina y el Caribe. Santiago de Chile.

CEPAL, Organización Iberoamericana de la Juventud (2004). La Juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias. Santiago de Chile.

Cubides, Humberto; Laverde, María Cristina y Valderrama, Carlos Eduardo (1998). Viviendo a Toda-Jóvenes. Territorios culturales y nuevas sensibilidades. Santa Fe de Bogotá, Colombia, Siglo de Hombre Editores, Departamento de Investigaciones Universidad Central.

Encinas, José L. (1994) Bandas Juveniles. Perspectivas Teóricas. México. Trillas.

Krauskopf, DINA (1994) Adolescencia y Educación. Segunda edición. Editorial EUNED. San José.

Lutte, G. (1991) Liberar la Adolescencia. La Psicología de los Jóvenes de Hoy. Biblioteca de Psicología. Herder. Barcelona.

Pere-Oriel, Costa; Pérez, José Manuel; Tropea, Fabio. (1996) Las tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de